

tir de un rechazo al relativismo y de una defensa del pluralismo y de la diferenciación entre una deliberación instrumental dirigida a encontrar los medios idóneos para satisfacer nuestros deseos y una deliberación constitutiva que trata de especificar cuáles son los elementos que constituyen una vida valiosa y en qué consiste ejecutarlos en cada situación particular.

El libro está escrito de una manera clara y precisa, no utiliza notas a pie de página y las referencias a los autores en los que se inspira o discute sólo aparecen cuando son estrictamente imprescindibles y eso ocurre nada más que en media docena de casos, aunque al final del libro el autor incluye un apéndice en el que da cuenta de todas las referencias pertinentes. Este recurso facilita enormemente la lectura y lo convierte en un libro apto para todos los públicos; sin embargo, cada uno de los públicos realizará una lectura diferente de su contenido. El lector especialista reconocerá en la obra la discusión de los principales tópicos de la filosofía moral contemporánea y la aportación personal del autor; el lector no iniciado en estos temas podrá comprender fácilmente los problemas que se plantean a partir de las historias con las que Corbí comienza cada uno de los capítulos y que articulan su discusión del tópico considerado, y, por último, el lector influido por la visión de la ciencia que nos presentan los medios de comunicación, los malos libros de divulgación científica y las películas de ciencia ficción podrá caer en la cuenta de las insuficiencias e incoherencias con que éstos presentan el papel de la ciencia cuando intentan proporcionar una comprensión adecuada de la naturaleza humana. Es, pues, como he indicado al principio, un libro apto para cualquier tipo de lector, donde se demuestra que el universo de Matrix es imposible.

Miracle Garrido es profesora de Filosofía de Secundaria.

El problema del conocimiento y sus encrucijadas

Ángeles J. Perona

Que la discusión sobre el problema del conocimiento es tan antigua como la filosofía misma es indudable para quienes se dedican profesionalmente a ella. Pero, desde algún otro punto de vista siempre cabe preguntar por qué es un problema. La duda que conlleva esta pregunta es comprensible sobre todo cuando reparamos en que, en general, parece evidente que los seres humanos en conjunto disponen de cierto instrumental cognitivo que ha generado unos efectos adaptativos sorprendentes y desmesurados.

El libro de Vicente Sanfélix expone y explica de forma nítida y documentada en qué radica el problema del conocimiento, aunque –para hablar con más propiedad– este texto deja patente una tupida red de cuestiones que brotan de una primordial: ¿en qué consiste y cómo se produce el conocimiento? Con esta pregunta se engarzan consecutivamente otras igualmente decisivas: ¿qué distingue al conocimiento verdadero de los conocimientos aparentes, de los relatos ficticios, de las explicaciones esotéricas?, ¿qué es la verdad?, ¿qué relación hay entre los constructos teóricos mediante los que se expresa el conocimiento y el mundo externo sobre el que versan?, ¿el conocimiento verdadero conlleva algún tipo de evidencia que justifique su verdad?, ¿puede esa justificación ser tan concluyen-



Vicente Sanfélix
Mente y conocimiento, Madrid,
Biblioteca Nueva, 2003. 413 págs.

te como para poder sostener que hay conocimiento cierto y seguro, es decir, *fundamentado*?, ¿quién conoce y cómo lo hace?

Estas y otras son las preguntas que la inevitable y artificial fragmentación académica de la filosofía en disciplinas atribuye a la «teoría del conocimiento» o «epistemología». Ya en la «introducción» Sanfélix expone las peculiaridades de este campo de investigación, su fijación institucional en Alemania de la mano de la filosofía neokantiana decimonónica, su gran desarrollo en ámbitos anglosajones (especialmente en el de la filosofía analítica), el modo en que la determinación de los problemas relevantes depende de la concepción filosófica desde la que se aborden, etc. Pero lo verdaderamente interesante de estas primeras disquisiciones es que a su través Sanfélix fija el enfoque desde el que se construye todo el libro, una perspectiva extremadamente fructífera, aunque pueda parecer lo contrario dado que no es otro que la de la crisis de la teoría del conocimiento o, mejor dicho, la «destrucción» de la epistemología tal y como Richard Rorty la relata. Tal punto de vista resulta fructífero porque Vicente Sanfélix tiene la habilidad y el acierto de distanciarse sutilmente de sus consecuencias liquidacionistas. En lugar de ello el libro muestra el modo en que, al asumir las insuficiencias señaladas por los críticos de la epistemología (desde Heidegger al último Wittgenstein o a Ch. Taylor, Merleau-Ponty y Rorty), cabe deshacer o replantear todas las cuestiones de su incumbencia de forma más pregnante y más interesante para las inquietudes del pensamiento contemporáneo.

Sanfélix parte de una serie de ideas que hoy nadie discute: por un lado, que la teoría del conocimiento (al margen de su institucionalización) surge con la filosofía moderna, con el especial cariz que adquiere en la Modernidad la discusión de los viejos problemas gnoseológicos, más en concreto, con esa gran novedad introducida por Descartes que consiste en atribuir prioridad arquitec-

tónica en filosofía a la investigación de los principios y causas del conocimiento. Además, a lo anterior se añade un giro subjetivo por el que la investigación se lleva a cabo desde un sujeto consciente que identifica la realidad de los objetos del mundo externo con sus representaciones. Por otra parte, tal investigación estaría movida por intereses teóricos y, en principio, también prácticos. De este modo, la meta de la indagación filosófica sería delimitar claramente el ámbito del conocimiento, suponiendo que ello permitiría incluso perfeccionar las ciencias y obtener de ellas mejores utilidades en beneficio de la humanidad. Ahora bien, desde el primer momento la investigación escinde teoría y praxis, de manera que los intereses prácticos ni van imbricados ni son determinantes para determinar qué es conocimiento en sentido estricto. Esto dependerá sólo de rasgos teóricos y epistémicos de las propias ciencias, esto es, de cuál es su origen, su método y su estructura, pues se considera que sólo atendiendo a esos factores la filosofía puede *fundamentar* la verdad de las ciencias de forma concluyente, más allá de cualquier contingencia o avatar histórico. Además, por ciencias se entienden las físico-naturales, que por aquel entonces empezaron a desarrollarse con una fuerza creciente hasta llegar a convertirse para la corriente dominante en esta disciplina en el paradigma epistémico o modelo de conocimiento por antonomasia. La teoría del conocimiento nace, pues, con una fuerte vocación normativa, cientifista y fundamentalista.

El otro gran problema analizado en el libro (la mente) corre una suerte pareja al del conocimiento, por mucho que desde mediados del siglo xx haya dado lugar a un campo de investigación relativamente autónomo: la filosofía de la mente, a veces también denominada «filosofía de la psicología». Precisamente el vínculo entre ambos problemas se expresa en que la crisis de la teoría del conocimiento lo es también de la filosofía de

la mente. El origen de su conexión nos remite de nuevo al pensamiento moderno y así Sanfélix explica la estrecha relación entre mente y conocimiento asumiendo la idea rortyana de que la mente es un invento moderno cuya factura se debe a Descartes. Y lo cierto es que a partir de él aparece la idea de una mente separada o desvinculada del mundo, pero cuya actividad consiste en conocerlo. Más aún, se trata de una mente que contiene el mundo a través de sus representaciones y fundamenta desde sí la verdad del conocimiento. Por tanto, la mente es el sujeto de conocimiento y también su fundamento en tanto que conciencia interior que unifica y ordena las representaciones reflejando el orden que rige en la naturaleza externa.

También desde sus orígenes cartesianos se presupone que la mente es una realidad individual dotada de autonomía interna y de unidad. Con el paso del tiempo y la entronización del proyecto quineano de naturalización de la epistemología, la mente se concebirá además como una realidad natural o cuasi-natural susceptible de un estudio estrictamente teórico semejante al de las ciencias naturales. Sin embargo, esta concepción naturalista y cosificada de la mente no ha producido más que aporías a la hora de explicar la relación entre la faz psicológica y la faz física de la mente.

Por otra parte, tanto la mente como el conocimiento se han concebido dotados de la misma cualidad transcultural y transhistórica, al tiempo que sus respectivas descripciones por parte de la teoría del conocimiento y de la mente tienen pretensiones normativas universales. Precisamente en estos aspectos inciden de lleno las críticas: tanto el conocimiento como su sujeto son fenómenos históricos y culturales de carácter plural, razón por la cual se pone en cuestión la posibilidad de ofrecer un único patrón normativo y universal de racionalidad.

Sanfélix se hace eco de esta última idea con toda la seriedad que merece, por eso no

sólo la recoge, la expone y la argumenta con la precisión y claridad que recorre todo el libro, sino que la hace suya. En esta medida, el libro está construido atendiendo tanto al eje del análisis conceptual como al histórico, y esto es una gran novedad en los tratados de teoría del conocimiento y filosofía de la mente. Una novedad de la que no cabe sino felicitarnos, pues nos encontramos ante un ensayo que ha eliminado tanto el minifundismo conceptual como la sequedad tecnicista de la que adolecen habitualmente los textos de esas disciplinas y cuyo beneficio no se acaba de ver. Esto no significa que estemos ante un escrito divulgativo o, incluso, poco riguroso. No, es simplemente un libro que combina rigor con claridad expositiva y lingüística; un libro que no elude las dificultades y las aborda de forma ordenada y mostrando sus conexiones; un libro escrito con afán pedagógico, en el que después de cada indagación se presenta un resumen de los resultados obtenidos. En definitiva, nos encontramos ante un texto filosóficamente culto, que se detiene a exponer los matices de los temas en cuestión y la evolución de los mismos acudiendo a los pensadores más relevantes (Aristóteles, Platón, Descartes, Locke, Hume, Kant, los neopositivistas como Carnap, Quine, los pragmatistas clásicos, G. Ryle, S. Kripke, T. Nagel, H. Putnam, D. Davidson...). De este modo, el libro no sólo permite captar los problemas de forma más pregnante, sino que también proporciona una valiosa visión panorámica que desemboca en la situación contemporánea.

Al mismo tiempo, la obra resalta otro factor importante para el pensamiento actual: la continuidad existente entre las teorías del conocimiento y de la mente con otras las disciplinas filosóficas, así como la imbricación de los problemas relativos al conocimiento y la mente con cuestiones práctico-filosóficas, es decir, morales y políticas.

En efecto, Sanfélix apunta las implicaciones morales (en ocasiones también las

políticas) de las concepciones clásicas de la mente y del conocimiento siguiendo a este respecto la crítica elaborada por Charles Taylor a propósito de las nociones de individuo y de sociedad (la democrático-liberal) derivadas del pensamiento ilustrado. Pues resulta que ese sujeto-conciencia, fuente y fundamento de todo conocimiento verdadero, se erige también en fuente y fundamento de todo principio de acción y de orden social. De suerte que esta última tarea la lleva a cabo como un sujeto individual más determinado por su interioridad que por sus vínculos sociales, que pasan a ser concebidos como un producto suyo y no como su condición de posibilidad. Por último, esta labor práctica se realiza desde el primado de la teoría, con las ciencias teóricas naturales como modelo epistémico, y con el mismo afán normativo que veíamos a propósito de la descripción del conocimiento y la mente.

Ciertamente las teorías del conocimiento y de la mente de filiación moderna perfilan un modelo de racionalidad teórica ideal, pretendidamente universal, acontextual, instrumental y neutral al estar desvinculada de todo prejuicio, verdad y valor previo. El afán es crítico contra toda imposición de dogmas, argumentos de autoridad y prejuicios, pero entre sus efectos está su escisión del ámbito de la praxis (el de las acciones e interacciones humanas reguladas por normas y valores) que, sin embargo, no se relega a las tinieblas de la irracionalidad, sino que —como decíamos— se piensa desde el corsé epistémico de la racionalidad teórica. Ello produce una imagen atomista del individuo y de la sociedad, coherente con la estructura atómica que se predica del mundo natural, del conocimiento y de la mente, algo que a la larga ha constituido una fuente constante de contradicciones con los ideales ilustrados de pensamiento crítico, progreso, libertad, benevolencia universal e igualdad. Más aún, como ya señalaran Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la*

Ilustración, esos ideales —mejor dicho, una versión de ellos— se han mitificado y convertido en *verdades* no susceptibles de crítica en cuyo nombre se invaden y esquilman territorios o se practica la guerra.

Las dificultades morales también se dejan ver en la crisis de la teoría de la mente. Así, por ejemplo, la responsabilidad moral de las acciones se convierte en un gran escollo desde el momento en que se reconoce la relación entre mente y conducta y, al mismo tiempo, la mente se concibe en términos naturalistas radicales como una realidad neurofisiológica o funcional.

Estas contradicciones son siempre esbozadas por Vicente Sanfélix tras sus análisis de los absurdos y callejones sin salida a los que conduce el mencionado modelo de racionalidad a propósito del conocimiento y la mente. Y resulta sumamente eficaz, pues por este camino muestra que las críticas a la teoría del conocimiento y a la teoría de la mente no son meros debates académicos sobre inconsistencias abstractas; por el contrario, el fundamentalismo, el atomismo o el universalismo transhistórico y transcultural constituyen un trasfondo no inocente a la hora de reflexionar sobre las inquietudes y conflictos morales y sociales de la vida humana. De hecho, a pesar de la crisis de ese modelo de racionalidad, siguen produciéndose acontecimientos históricos deudores del mismo: todavía hay quien se atreve a trazar ejes sociopolíticos del bien y del mal en virtud de un conocimiento verdadero y fundamentado del mundo.

Finalmente, el autor no condena totalmente el legado moderno sino que valora positivamente todo lo relativo la dimensión crítica y desmitificadora. De ahí que, por mucho que esté en quiebra, no secunde la alternativa destructiva de la epistemología. Sigue habiendo problemas abiertos relativos al conocimiento y a la mente que requieren una salida fructífera y ésta, concluye Sanfélix, sólo puede consistir en una teoría de la ra-